

Inauguración Centro de Extensión,  
Octubre 11 de 1989.

Agradezco muy cordialmente a Uds. su presencia en este acto. Sean mis primeras palabras para expresar mi gratitud a los que han trabajado aquí incansablemente, para lograr que la Universidad cumpliera este compromiso con la comunidad nacional. Eso significa agradecer el trabajo dedicado de los obreros, el empeño de empleados, ejecutivos y directivos y muy singularmente el interés apasionado, que en la renovación y sustitución parcial de las viejas estructuras, y en el diseño y ejecución de las nuevas, puso uno de los más brillantes especialistas nacionales, don Santiago Arias.

Quiero explicar el sentido de este Centro de Extensión. Para eso, debo hablar primero de los hombres que lo han hecho posible, para luego decir cuál es la finalidad con que fue hecho, y finalmente recordar cuál ha sido la ocasión con que se lo ha construido

¿Quiénes han hecho este Centro?

No es obra de unos pocos. Hay que decir que es la Universidad toda, sus autoridades, académicos, estudiantes, administrativos, amigos, ex-alumnos.

A sus autoridades superiores, quiero personificarlas en Su Eminencia el Gran Canciller, quien comprendió tempranamente todo el valor de la iniciativa, y le dió acceso a este local en el que hoy nos encontramos, poniendo en juego una incansable voluntad y un cariñoso empeño para superar dificultades y allanar obstáculos.

A la comunidad académica de la Universidad, quiero representarla en primer lugar, en su Facultad de Arquitectura y Bellas Artes, y singularmente en su Departamento de Proyectos e Investigación. En este edificio queda el testimonio del talentoso empeño de nuestros arquitectos. Los nombres de José Antonio Gómez y Carmen Río seco; de Claudio Ferrari y Sergio Miranda; de Montserrat Palmer y de Teodoro Fernández, de Tomás Dalla Porta y Rafael Gana, quedarán ligados al recuerdo alegre de esta gran obra colectiva, junto a los de tantos egresados y alumnos de la Universidad, que colaboraron a que este proyecto alcanzara su expresión plástica adecuada. Aquí, envueltos en este mágico espacio vigoroso, que surgió de la imaginación creadora de nuestros arquitectos, recogemos una vez más ese mensaje, de que la belleza no es un adorno prescindible, sino el rostro mismo de la verdad.

Pero hay más, hay como la corriente de un río caudaloso que es el impulso secreto y el alimento de esta obra. En efecto, esta no tendría sentido, no habría sido pensable, ni se le podría ver ningún futuro, si no fuera porque la calidad intelectual del profesorado de esta Universidad, y su compromiso con la enseñanza y la investigación, han sido como el alma, el hálito vital para esta iniciativa cultural. Son ellos, en bibliotecas, laboratorios y aulas, los que generan la obra que queremos extender. Es esa obra la que pide difundirse. Es ella la que nos es demandada por la sociedad.

Todos los que trabajamos en la Universidad Católica, sabemos que en ella y desde siempre, es el esfuerzo denodado y silencioso, el empeño abnegado y muchas veces anónimos, de servidores de la institución y de la Iglesia, lo que permite soñar y acometer empresas imposibles. Si no fuera por esa disposición generosa de tantos hombres y mujeres que se han entregado a la Universidad, poco o nada se habría podido hacer en el pasado o en nuestro propio tiempo. A todos ellos, autoridades, directivos, funcionarios, el testimonio público de la gratitud de la Universidad. Pero creo que es de estricta justicia que también ese agradecimiento lo personifique, y que se lo exprese públicamente, y con cálida emoción, a Patricio Donoso, impulsor incansable del proyecto, gracias a cuyo tesonero esfuerzo, y talento creativo excepcional hemos llegado a donde estamos.

Pero hay algo más, algo importantísimo, que es ajeno a nuestra estructura funcional, pero que es parte de la Universidad, parte suya vitalmente necesaria, como el aire que respiramos, y cuya presencia nos anima y nos estimula más allá de cualquier medida. No podríamos haber hecho esta obra solos. Ella se ha logrado por la colaboración de nuestros amigos y ex-alumnos movilizados en una campaña de ayuda material que empezó en 1988 y se extenderá hasta terminar el año 1990. Aquí han llegado, y siguen llegando, desde ayudas pequeñas hasta grandes donaciones, y todas han sido como la manifestación sensible de esa atmósfera de comprensión y de cariño que ha rodeado y sostenido a esta Universidad en sus cien años de vida. Pensémoslo un momento. El suelo que pisamos, los muros que nos rodean, obra de generaciones idas, así como la esplendorosa renovación de estos locales, todo esto es fruto de la generosidad, del apoyo, del amor ajeno. Somos muy débiles en verdad los individuos frente a la exigencia apremiante de los tiempos. Pero qué fuertes nos sentimos, cuando el nombre de esta Universidad, el nombre de la Iglesia, su Madre y su Maestra, es capaz de convocar tantas voluntades, de mover tantos corazones en una obra común. Esperamos no defraudar nunca esa confianza. Que Dios se los pague.

¿Qué cosa es este Centro de Extensión?

El es una ventana abierta hacia el futuro, una mano tendida hacia necesidades culturales y sociales que urgen a la Universidad pidiéndole respuesta.

No lo hemos imaginado nosotros. Es el público quien nos lo ha dicho. La formación profesional no termina con un título o un grado. En el mundo de hoy, quien quiere mantener vigentes sus conocimientos, debe estudiar toda la vida, debe perfeccionarse, debe especializarse, debe capacitarse. Son muchos los casos en los que un profesional debe prácticamente renovar todo el acervo de sus conocimientos, varias veces en el curso de su vida activa. Casi se podría decir que tiene que cambiar de profesión. Eso les ocurre a nuestros egresados, y a egresados de todas las universidades del país. Pero ¿dónde pueden hacerlo? Por medio de este Centro de Extensión, nuestra Universidad intenta una respuesta. Podrán hacerlo aquí.

Hay más todavía. Hombres y mujeres de todas las edades, experimentan la necesidad de ampliar y profundizar su cultura general, de abrirse a las dimensiones del arte, de las letras, de la filosofía, de enriquecer el acervo de su formación teológica, de vivir una vida más plenamente humana y por lo mismo más fecunda. Y todos sabemos que no hay edad ni condición que no tenga derecho a aspirar a ese perfeccionamiento espiritual. Queremos que aquí tengan una puerta franca, abierta para penetrar en esos mundos. Creemos que la Universidad puede ayudarlos, y es para ellos también que se ha construido este Centro.

Un lugar hecho para los que buscan nuevas dimensiones culturales y espirituales en sus vidas, para quienes quieren entrar en la educación continuada, es un sitio de encuentro, de intercambio. Por eso es que además de aulas, hemos querido dotarlo de salas de exposición, de cine, de conciertos, de librería, de cafetería. Queremos que esta plaza y lo que la rodea, sea una invitación a compartir espiritualmente, un llamado a una grata permanencia, algo así como un remanso en la vida agitada de la ciudad, como un sitio de luz tranquila y atrayente para el cultivo personal y social.

Así pues, no es invención nuestra. Nos fue pedido por la inquietud, por el anhelo de tantos profesionales, de tantos ex-alumnos y ex-alumnas, que frecuentaban nuestros cursos de perfeccionamiento y especialización, nuestros seminarios, conferencias y conciertos, nuestros cursos para la tercera edad, impartidos en locales dispersos, a menudo no fáciles de encontrar. La Universidad cree responderle así a la comunidad culta del país. Por eso es que cuando empezamos la campaña del Centenario, nos sentimos fuertemente golpeados por el interés, verdaderamente apasionado, que se despertaba cada vez que hablábamos de esto. Y es que las grandes creaciones universitarias han sido así: una respuesta oportuna a una necesidad cultural oscuramente sentida. Esto equivale a decir que esperamos que el trabajo cultural de este Centro, se haga en interacción permanente con los sectores profesionales, intelectuales, artísticos, productivos, empresariales, con todos los que comparten con nosotros responsabilidades en la cultura nacional. En eso repetimos, casi como en un gesto ritual, lo que es la historia de las creaciones universitarias desde los tiempos de Bolonia y de París. En la Universidad cristalizan inquietudes de los intelectuales y de los sectores culturalmente comprometidos de un país. Queremos que eso siga siendo verdad aquí.

Finalmente, quiero hablar de la ocasión con qué se construyó este Centro.

El Consejo Superior de la Universidad lo lanzó como la gran obra del Centenario, porque en este Centro se recoge el sentido de nuestra Universidad Católica, proyectándolo hacia nuestro segundo siglo de existencia, y hacia el tercer milenio del cristianismo.

De lo que he dicho se infiere, que esta es una obra de servicio cultural. Y nuestra Universidad Católica, desde los primeros actos de su fundación se ha concebido a sí misma como una institución de servicio público. Ella no existe para sí misma. Su riqueza consiste en lo que entrega. Su gloria es el bien de la nación chilena, su vocación, el servicio a todos los hombres.

No es otra cosa la que corresponde a una institución de la Iglesia, de la Iglesia que proclama siempre el asombro y la gratitud de haber oído a su divino fundador que le decía: "yo estoy entre vosotros como el que sirve". Es así como quisiéramos estar, y no queremos proponernos ningún otro modelo, como no sea ese modelo inalcanzable, para estar seguros de que nunca estaremos satisfechos, de que siempre tendremos un nuevo servicio que extender, un nuevo camino que abrir, una nueva esperanza que alentar en la educación, la ciencia y la cultura.

Es este servicio el que entregamos hoy como una ofrenda a la comunidad nacional, y especialmente a nuestra querida ciudad de Santiago, que ha visto y apoyado nuestro crecimiento a lo largo de este siglo. Creemos que una contribución cultural como esta, ennoblece y embellece nuestro espacio de convivencia ciudadana. Lo hemos dicho en nuestra campaña de promoción, y lo repetimos hoy día formalmente: miramos esta obra como un regalo a la ciudad.

Hace un siglo que nuestros fundadores salieron a responder a los desafíos culturales de su tiempo, y crearon una obra que ha perdurado, y ha enriquecido a la comunidad nacional. Hoy salimos al encuentro de nuevos desafíos, con un entusiasmo renovado. Es como si oyéramos las voces que nos hablan desde un siglo de existencia, que nos llaman a ser sensibles al llamado cultural de nuestro tiempo, a responder al día nuestro, como ellos lo hicieron con el suyo. Tomo hoy día la voz de esta universidad centenaria para renovar nuestro compromiso de servir en el mundo de la educación, la ciencia y la cultura, tomo esa voz para llamarlos a todos, a nuestros profesores, alumnos y funcionarios, a nuestros ex-alumnos y amigos, a darle vida a este Centro, a continuar animándonos, a seguir ayudándonos generosamente en lo espiritual y en lo material, para completarlo, a seguir unidos en esta obra colectiva de progreso y de cultura.

Nuestra alegría de hoy no debe permitirnos que olvidemos lo más importante. Lo que ven nuestros ojos de carne es una casa material. Con pobres palabras he querido abrir ante ustedes la casa espiritual en que soñamos, y de la cual esta otra es sólo reflejo y expresión. Cuando me acuerdo de los comienzos modestos y dubitativos de esta empresa, de nuestras incertidumbres y temores, no puedo sino repetir: "Si el Señor no hubiera estado con nosotros, dígalos ahora Israel..." Los que hemos participado en esta empresa, hemos sentido a cada paso la mano de la Providencia que enderezaba caminos y nos abría las puertas, a medida que una idea vaga e imprecisa se iba haciendo realidad. Es Dios quien nos ha dado el querer, el poder y el hacer. Por eso, al ver hoy día este Centro entregado al servicio, no podemos callar la voz de la gratitud que nos colma: "Confitemini Domino quoniam bonus..." "Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia....." Y le pedimos a El, que inició esta siembra entre nosotros, que la haga florecer en los que hayan de usarla y continuarla, hasta una cosecha rica y abundante para la gloria suya y para el bien de los hombres.